

sayismo hispánico de las primeras décadas de nuestro siglo nos suena a cosa huera y comida por el tiempo nos llega, casi inopinadamente, la voz de aquel alcaláino lúcido, que amó con pasión entrañable el espíritu de la lengua castellana. Una voz que todavía puede ser escuchada. ■ JAVIER ALFAYA.

Premio Ateneo de Sevilla: Ahora, José Antonio

Dándole ramonianamente la vuelta al manubrio del ludibrio del bodrio de los premios literarios, de aquí a nada tendremos que el señor Lara le da el Planeta a una novela en que se imagine —que es mucho imaginar— que el general Franco no ha muerto y que todavía anda como ustedes pueden fácilmente deducir. Porque el "pool" Lara, que parece que también va a editar el "Playboy", para que todo quede en casa y muy cerca de Alianza Popular, le ha cogido el tranquillo a las novelas de ficción histórica. Es muy fácil. Se coge un tema histórico y se le da la vuelta: una novela sobre qué habría sido del marqués de Villaverde si no llega a casarse con Carmencita Franco; una novela sobre qué habría sido de Girón si Hohenlohe no pone en regadío turístico la Costa del Sol; una novela sobre qué habría sido de López Rodó si el padre Escrivá en vez de escribir "Camino" se va a la Legión con Millán Astray y luego es



José Antonio, resucitado por Rojas en la URSS.

laureado en la brecha de la muerte de Badajoz, tras lo cual se desengaña del fascismo, se exilia a Méjico y andando el tiempo pasa a ocupar el puesto de ayuda de cámara del señor Tarradellas.

Si esa fábrica de novelas que es la casa Lara sigue dando muestras de imaginación como las esbozadas —y parece que la cosa va por ahí—, dentro de poco la historia de la novela española será un bolero de Machín o un verso de Cernuda, de lo que pudo haber sido y no fue. Claro que la novela es una cosa y el señor Lara es otra. El señor Lara es de Alianza Popular y le gusta la marcha nacional, la paz y el orden del señor Fraga. Y a la novela parece que no.

Viene todo esto al caso porque el otro día el señor Lara armó en Sevilla el festín de Baltasar de rigor para darle un millón de pesetas a una novela de éstas, con el pretexto del Premio Ateneo de Sevilla. Ahora la cosa va de José

Antonio. Que resulta que no fusilan a José Antonio (Primo de Rivera, hay que ir ya especificando), y que lo canjean o algo así, y que lo llevan a la Unión Soviética (Lara dice Rusia, claro), y que Stalin lo mete en la cárcel, y que después Stalin va y le saca, y que Stalin se hace íntimo amigo de él, y que, vamos, que se echan unas parrafadas que no veas, y que tanto quiere y tanto admira Stalin a este fascista que tanto me quiere y tanto me admira que después de que asesinen a Trotsky se compadece y lo pone en libertad (a José Antonio; Trotsky no se salva en el guante vuelto de la Historia), y nada, que de exiliado el jerezano en Méjico y si me apuran, pues con la cadena televisa en estos días, a estrechar lazos y a olvidar Echeverría.

Esto es una novela. Estas son las novelas del transfranquismo por las que los transfranquistas de Alianza Popular adelantan un millón de pesetas, esperando recuperarlo tras la emisión del primer "spot" en televisión.

Se me olvidaba decirles que el señor que ha escrito esto para Lara se llama Carlos Rojas. Otra vez. Ustedes recuerdan lo que Carlos Rojas hizo con don Manuel Azaña. Así que pueden imaginarse lo que ha hecho con José Antonio. ■ ANTONIO BURGOS.

Fornier: La ilustración conservadora

Su apología de la cultura española, escrita como refutación de las críticas dirigidas por "los extraños", le valió los más encendidos elogios de don Marcelino Menéndez y Pelayo. En un "siglo de abates y petimetres", Juan Pablo Fornier cobraría en su Oración apologética la estatura de un "gladiador literario", sin duda precursor de la imagen que don Marcelino se confería a sí mismo de nuevo Santiago vindicador de los valores hispánicos en denodada lucha contra "un batallón de osados sofistas contra su Dios y contra su Cristo". Es así como este agrio polemista y buscador insaciable de recompensas para sus servicios literarios que fue Fornier había de incorporarse por pleno derecho al patrimonio de nuestros escritores tradicionalistas, en tanto que la otra tradición, la liberal, le re-

cusaba como hombre y como escritor. Trazó la pauta el propio Jovellanos, al comentar en 1797 la muerte del protegido de Godoy: "Murió don Juan Pablo Fornier, tan desamado en el foro como en el Parnaso (...) Corre que le sucederá Meléndez, y tan manchada queda su silla que no lo deseo".

La tendencia historiográfica a encasillar las posiciones, favorecida por la dureza de la confrontación entre ilustrados y adversarios de las luces en nuestro XVIII, hizo posible la persistencia de esa imagen dual de Fornier. Sin embargo, ya en las últimas décadas, Tierno Galván y, sobre todo, José A. Maravall pusieron de relieve la complejidad de la obra de un hombre que, a pesar de su calidad de apologista no dejaba por eso de ser un ilustrado, y que en la misma Oración apologética no sólo se enfrenta a los racionalistas críticos de la década de 1780, como son los redactores de El Censor, sino que se coloca a una distancia insalvable de las formas de pensamiento reaccionario que por los mismos días defienden clérigos como el padre Zavallos o fray Diego José de Cádiz. La modernidad de otros textos de Fornier, como el "Discurso sobre la historia de España", forzosamente inédito en vida de su autor, hacían urgente la revisión de la obra y de la figura del incómodo polemista.

Un primer apunte de esta revisión nos fue ya dado por François Lopez, profesor de la Universidad de Burdeos, al presentar dos de los escritos más lúcidos de Fornier: el precitado discurso sobre la historia y el informe fiscal sobre la Universidad de Salamanca (1). Pero lo que entonces era sólo un planteamiento general, al modo feijooniano, para deshacer los errores comunes acumulados sobre Fornier, ha pasado a ser uno de los mejores estudios biográficos consagrados a un intelectual español en el siglo de las Luces. En su monumental Juan Pablo Fornier y la crisis de la conciencia española en el siglo XVIII (2), F. López resume los quince años de trabajo que corresponden a la

(1) Juan Pablo Fornier: La crisis universitaria. La Historia de España. Textos hispánicos modernos. Ed. Labor. Barcelona, 1973.

(2) Burdeos, 1976. 704 páginas.



El editor Lara y el escritor Rojas, juntos hace unos años, en la entrega del Premio Planeta —en la fotografía— van otra vez de la mano con el Ateneo de Sevilla.

LA ALGARADA ESPIRITUAL

Gabriel García-Badell

La muerte de Cristo narrada en primera persona. Una novela que empieza donde terminan los textos sagrados.



La madrugada de las mercenarias

Mariano Tudela

Una vieja «madame» rememora la vida — hiriente, tragicómica, desesperada a veces — de los burdeles de la posguerra.



Vía Gala

RAUSTINO GONZALEZ ALLER

Un emigrado, casado con una francesa, trata de reintegrarse a la vida española en una población provinciana.



Tres novelas españolas que son un poco más que ficción.


argos·vergara
"libros vivos"

elaboración de una tesis de Estado francesa. Su objetivo central es, al modo clásico, la vida y la obra de Forner, pero no están ausentes ni un trabajo previo en profundidad sobre el trasfondo cultural (con una referencia muy amplia a la figura de Mayáns) ni una atención constante al contexto intelectual en que se mueve el escritor y magistrado. En esta minuciosa reconstrucción, el historiador francés demuestra una vez más las virtudes de su erudición, ya comprobada a lo largo de sus colaboraciones en el *Bulletin Hispanique*, y singularmente en sus investigaciones sobre el panfletista ilustrado León de Arroyal, el autor de *Pan y toros*, probablemente la sátira más famosa de los años finales del setecientos.

En sus palabras preliminares, François Lopez explica la "insólita arquitectura" de su obra, y en particular la atención prestada a los antecedentes, a ese "primer siglo XVIII" y en el mismo al citado Mayáns. Se trata de mostrar las raíces de la tradición nacionalista de nuestra Ilustración, que, en cierto modo, Forner culminará. El extensísimo prólogo resulta así justificado, si bien, dado el detalle con que se aborda, no hubiera sido inútil trazar a continuación de forma sistemática el contexto en que tiene lugar la producción ideológica y las relaciones entre escritor y burocracia ilustrada, que en buena medida determinarán el carácter de los escritos de Forner. El tema es conocido a través de múltiples estudios, pero tal vez la reelaboración de Lopez habría permitido superar la sensación de individuo en la multitud que a partir de ese momento cobra la línea biográfica de Forner. Los datos se acumulan y, dada la singularidad del autor estudiado, no es fácil saber muchas veces si nos encontramos ante la excepción o ante la regla. Pesa demasiado sobre el historiador la exigencia de rehacer paso a paso la figura objeto de análisis, deteniéndose a comprobar cada dato y a contrastar cada valoración de publicistas anteriores. Forner va abriéndose camino, pero no es casual que en esta espléndida reconstrucción el capítulo del estudiante de Salamanca, con la descripción del papel jugado por Cadalso, adquiera una mayor nitidez que el

relativo a las apologías al no encontrarse François Lopez con otra exigencia que la de escribir sobre una página prácticamente en blanco.

El procedimiento expositivo favorece asimismo la lectura cronológica de las obras escritas por el que llegaría a ser fiscal del Consejo. Pero también en este punto hubiera sido deseable una mayor ponderación entre la exigencia de análisis de contenido (reconociendo una cierta autonomía al texto) y la preocupación por puntualizar cada modalidad de la secuencia. Más de una vez, queriendo negar el anacronismo de las valoraciones anteriores, François Lopez se desliza hacia un diálogo de segundo grado respecto a las polémicas descritas. La única salida, a nuestro juicio, habría residido en aislar cada etapa del pensamiento de Forner, dejando quizá para apéndices documentales de cada capítulo la revisión de los tópicos.

Porque, a pesar de la inteligente insistencia de François Lopez sobre el sentido ilustrado de los escritos de Forner y sobre su componente nacionalista, algunas preguntas centrales quedan sin respuesta. Claro que es una falsa vía emparejar a Forner (o a Capmany) con los eclesiásticos reaccionarios. ¿Podría pensarse entonces en la hipótesis de un representante del despotismo ilustrado que prolonga inútilmente el doble espíritu de reforma y orden que ha perdido sentido desde la definición de los conflictos mediada la década de 1785? Los estallidos de cólera frente a los ilustrados radicales, su erudición puesta al servicio del regalismo y la lucidez de sus críticas sectoriales del orden estamental son piezas de un puzzle que quizá podría articularse desde aquella perspectiva. Tendríamos entonces una Ilustración conservadora, reaccionaria a largo plazo (lo que en Cádiz representa un José Joaquín Colón o un Miguel de Lardizábal), vinculada al aparato del poder del antiguo Régimen. Pero entonces la explicación residiría más en el contexto que en las tradiciones precursoras.

Con la biografía intelectual de Forner, François Lopez nos ha legado uno de los mejores estudios monográficos sobre nuestra Ilustración. Y al mismo tiempo

nos recuerda la pertinencia de redefinir los planteamientos relativos al despotismo ilustrado y a la crisis de nuestro antiguo Régimen. Sin olvidar, en último término, otra exigencia: la de combinar la erudición y el rigor documental con una renovación metodológica en el análisis de las ideologías políticas y culturales. ■ ANTONIO ELORZA.

Zikkurath o la antihipnosis

En España, la ciencia-ficción (que, de ahora en adelante, ruego se me permita nombrar con las siglas SF) ha sido considerada siempre como una parienta pobre de la literatura. Ni siquiera en la llamada "cultura popular" ha encontrado una ubicación adecuada; las novelas rosas, policíacas o del Oeste han acaparado el mercado de lo popular, y la SF —junto con otros dos géneros "de imaginación", el terror y lo fantástico— ha sido relegada al subespacio del "comic" barato y de mala calidad. Yo diría que esto es una consecuencia más del complot destinado al embrutecimiento total del consumidor. En efecto, y sin despreciar en absoluto los demás géneros aludidos, puede decirse que la SF tiene una virtud que a ellos les falta: la de despertar la imaginación del lector y, por lo tanto, su capacidad de crítica. La SF ha sido utilizada como vehículo de audaces críticas sociales, y como una forma parabólica de análisis de la realidad presente, mientras que los otros géneros no dejan de ser —salvo muy honrosas excepciones— simples juguetes de evasión.

La SF ha evolucionado notablemente, desde sus balbucesos en la época de Wells —a Verne, en rigor, no se le puede calificar de autor de SF, sino de novelista de aventuras que utilizó algunos de los procedimientos que luego tomaría este género— hasta nuestra década. Desde los relatos de aventuras en el espacio —la famosa "space opera"— de los años treinta, herederos de las novelas de capa y espada, atiborrados de monstruos verdes, bellas terrícolas y artilugios voladores y desintegradores, el género se ha ido decantando, depurando, hasta llegar a la "ficción especulativa" de nuestros días, de mucho más alto nivel intelectual, y que podría calificarse de "nuevo realismo". La SF actual

tiene poco que ver con los potentes cohetes que surcan "parsecs" y "parsecs" en un segundo, con las pistolas desintegradoras, con los marcianos repugnantes; su problemática parece centrarse más bien en la exploración del espacio interior, en la última realidad del hombre. De todo esto, de todo este enriquecimiento de un género, poco sabemos en nuestro país. A pesar del auge actual del género entre nosotros —Bruguera lanza la colección Nova, la revista "Nueva Dimensión" sigue haciendo lo que puede para difundir el género, las Ediciones Martínez Roca ponen en la calle clásicos de SF—, la miopía cultural de la mayor parte de los editores pone al público español en contacto solamente con formas de SF ya caducas y superadas. Por culpa de esto, el hombre de la calle sigue viendo el género fantacientífico como algo adecuado tan sólo para subnormales o para niños tontos. La mayor parte de la SF que nos venden no pasa de ser un subproducto con muchos años de antigüedad.

El fanzine "Zikkurath", dirigido por Fernando P. Fuenteamor, es —junto con la revista "Nueva Dimensión"— una esplendorosa excepción en este terreno yermo. La palabra "fanzine" designa a una publicación editada y distribuida de forma marginal, por un aficionado a la SF, que tiene solamente una circulación restringida entre los aficionados al género. La falta de ambición lucrativa de sus editores, auténticos "amateurs" en el sentido más noble del término, capaces de emprender una aventura que resulta ruinosa en la mayoría de los casos, hace que los trabajos incluidos en sus páginas resulten de mayor calidad de lo habitual. En el caso de "Zikkurath" se trata, sobre todo, de poner en contacto a los lectores de SF con las más avanzadas formas evolutivas del género. Combina la rigurosidad de selección, en lo cualitativo, con una gran amplitud de miras en cuanto al contenido de los textos. Así, el lector se encuentra con los relatos menos ortodoxos de Philip Jose Farmer —potente revulsivo formal y sexual— de Norman Spinrad, de Donald A. Wolheim y de muchos otros pioneros de la nueva ciencia-ficción. Es una revista modélica, un ejemplo que deberían seguir los aficionados a otros géneros literarios distintos, a otros medios de expresión.

El "zikkurath" o "zigurat"

era, en la antigua Mesopotamia, una construcción escalonada, de siete pisos; cada uno de ellos estaba dedicado a un planeta, a una divinidad. Este edificio ejercía una doble función, religiosa y científica: servía como lugar de culto y adoración a los dioses, y también como observatorio astronómico y astrológico. Era un estado intermedio entre la cueña por la que los chamanes ascendían al mundo de los espíritus y la astronave moderna. No se puede pensar en un nombre mejor para un fanzine de SF, cuya función principal parece ser practicar la "antihipnosis" por medio de la literatura: hacer pasar al lector, de un estado de embrutecimiento, al despertar de la facultad crítica imaginativa. ■ EDUARDO HARO IBARS.

"Zikkurath". Pedidos a Fernando P. Fuenteamor. Isidro Fernández, 6. Madrid-34.

Cuatro idiomas para un Estado

"Hable bien, sea patriota, no sea bárbaro. Es de cumplido caballero que usted hable nuestro idioma oficial, o sea, el castellano". Lo decía una octavilla distribuida en 1955. El texto, citado por Rafael Ninyoles en "Cuatro



Una ikastola.

idiomas para un Estado" (1), aludía acto seguido a la necesaria disciplina y a Cervantes para acabar con un inimitable "¡Arriba España!".

(1) Editorial Cambio 16.

Era todavía la época en que usar en lugar público un "dialecto" —al catalán, al gallego, al vasco se les negaba categoría de lenguas hechas y derechas— equivalía a exponerse a todo tipo de insultos y acusaciones de antiespañolismo. La consigna del Régimen era imponer a todo español que se preciase de tal —es decir, que se sintiese identificado con el destino de la patria, según la definición de un catecismo político de la posguerra— la lengua única de "por el Imperio hacia Dios". Para ello había que vencer poco a poco la natural resistencia de los idiomas vernáculos a ser asimilados cuando no pura y llanamente sustituidos por el idioma oficial. Era fundamental ante todo reducir el ámbito de utilización de las lenguas periféricas, desterradas de los medios de comunicación, de la Administración y, por supuesto, de las escuelas y universidades.

El caso del euskera presentaba especiales dificultades: por su alejamiento del castellano, de nada servía una política asimiladora como la practicada en Cataluña o Galicia. En el País Vasco las medidas debían ser más radicales; había que conseguir su total sustitución.

En uno y otro caso, sin embargo, se utilizaban similares argumentos para justificar la violencia ejercida sobre las lenguas periféricas. Del vasco se negaba, por ejemplo, su existencia como idioma totalmente estructurado y coherente. Se aludía a su estado de dispersión y a su primitivismo de igual manera que se negaba la idoneidad del gallego o del catalán para la filosofía o la ciencia, es decir, para todo lo que implicase un alto desarrollo conceptual.

Igualmente entraban en juego factores psicológicos, hábilmente explotados, como la identificación entre el empleo del castellano y un "status" social alto. O se fomentaba entre los inmigrantes en Cataluña, por ejemplo, oriundos en su mayoría de zonas castellanoparlantes un sentimiento irracional de hostilidad hacia la lengua vernácula que servía para compensarles de sus frustraciones como clase explotada.

Sin embargo —y es éste un dato importante a la hora de enjuiciar el fracaso final de esa política represiva—, si exceptuamos el caso de Galicia, observaremos que en España, a diferencia de lo que ocurre en otros países